



● Humberto Quiceno Castrillón*

El Maestro y sus mundos posibles

Descubrir lo desconocido no es una especialidad de Simbad, Eric el Rojo o de Copérnico. No hay un solo hombre que no sea un descubridor. Empieza descubriendo lo amargo, lo salado, lo cóncavo, lo liso, lo áspero, los siete colores del arco iris y las veintitantas letras del alfabeto; pasa por los rostros, los mapas, los animales y los astros; concluye con la duda o por la fe y la certidumbre casi total de su propia ignorancia.

Jorge Luis Borges

Si nos preguntamos qué es un maestro en la actualidad, no podríamos responder de un modo preciso, estaríamos abocados a demostrar sus cambios, su borroso estatuto, su indefinición. ¿Qué ha pasado para que no podamos decir qué es un maestro? Sin duda, que vivimos otros tiempos, los de la tecnología, los de la economía de mercado, los tiempos vacíos de los medios, del consumo, de la pérdida de la pasión por la cultura y el saber.

Estas formas de vida presionan de modo continuo e insistente para que no podamos hablar del maestro de siempre, del maestro que recordamos, del maestro histórico. Un maestro que tiene la misma imagen desde Grecia; la figura que acompaña, que instruye y que habla del mundo a los niños, a los alumnos y a la sociedad.

Este maestro es el nuestro, el de nuestra memoria, el maestro histórico. Nos preguntamos, ¿es este maestro el de las escuelas actuales y el que se representan los niños y niñas? Sí y no.

Sí, porque lo que ha sido el maestro no depende de lo que quiera la época actual, no está determinado por la economía o por los Estados o los mercados. El maestro ha de ser el que funda la cultura, el que inicia a

los niños, el que nombra por primera vez el mundo, el reino de las cosas y aun la incertidumbre de la vida. Esta figura nunca se puede borrar desde que exista algo por conocer, por pensar y por comprender.

No, porque está en peligro de desaparecer. Otras figuras y símbolos intentan destruirlo, buscan su inexistencia y su sustitución. Para que esto sea posible hemos de entrar en las sombras y dramas de una sociedad nihilista, esto es, que niega el contacto fundacional entre el individuo y el mundo. Si admitimos, sólo por un segundo, que no requerimos un preceptor, un amigo de la palabra, un símbolo amable, un primer asombro, todo estará perdido para siempre jamás y el maestro se ha de borrar como un rostro dibujado en la arena.

Los niños y niñas todavía desean la palabra, el encanto de esta figura que se inclina ante ellos deseando formarlos como inteligencias independientes, capaces de encontrar su propio camino, entenderlo y recorrerlo. Pueden cambiar los nombres: docente, profesional docente, profesor, guía, consejero o animador, pero no se pueden cambiar ni el acto soberano de acompañar ni la simbolización que representa el que habla para encontrarnos a nosotros mismos en esas primeras palabras.

¿Cuál es pues la dificultad de saber qué es un maestro en la actualidad? No está en los muchos nombres que intentan suplantarlos; no, allí no está el problema. El verdadero problema está en perder el sentido y el exacto nombre de lo que hace y siempre hizo el maestro: ser el que crea y recrea el mundo, el preceptor. Ser, pues, Homero, Cervantes, Marco Polo, Darwin, Freud, Bolívar. Estas figuras son grandes maestros sólo porque nos iniciaron en lecciones que no se olvidan nunca, porque son eso, una lección, una primera herida. Porque son también saberes —el primer contacto con la cultura— y son lecturas, la primera ensoñación. Este sentido tan profundo del maestro, hay que reconocerlo, se está perdiendo. Nos lo demuestran la confusión de tantos nombres, los sustitutos que han aparecido y los peligros que lo acechan.

Como educadores, maestros o intelectuales debemos saber de estos peligros y la posibilidad de esta pérdida y procurar con nuestros actos y nuestras palabras, mantener viva la imagen y la memoria del maestro. Con esta actitud no sólo rechazamos el intento de alejar los niños de la cultura y volverlos amigos de las máquinas, sino también la presencia de déspotas que a nombre del mercado y las profesiones aparecen en la



El maestro ha de ser el que funda la cultura, el que inicia a los niños, el que nombra por primera vez el mundo.

vida de las gentes intentando convencerlas de que todo está perdido, que en nuestros genes y en nuestro cuerpo siempre ha estado el ser inteligentes, diestros, capaces y reflexivos para hallar el camino que nos comunique con el mundo y la sociedad.

Contra ese peligro y a nombre de la primera palabra que nos inicia en la vida, debemos recordar el primer maestro y el maestro que siempre está en nosotros. ●

* Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Barcelona, España. Director del Instituto Nacional Superior de Pedagogía, miembro del grupo de Investigación Historia de la Práctica Pedagógica en Colombia, profesor de la Universidad del Valle.